7402

JUAN y ADOLFO VÁZQUEZ HUMASQUÉ

Mucho amor y más orgullo

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551
1907

18

MUCHO AMOR Y MAS ORGULLO

Es propiedad de sus autores.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MUCHO AMOR Y MAS ORGULLO

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JUAN y ADOLFO VÁZQUEZ HUMASQUÉ

MADRID

S. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.

Teléfono número 551

—

1907

PERSONAJES

MARTA.
BARONESA.
PILAR.
CARLOS.
SEBASTIÁN.
LEONARDO.
DON JERÓNIMO.
TOMÁS.
MARQUÉS.
JULIO.
BALTASAR.
GERVASIO.
FERMÍN.
DONCELLA.
ALBERTO.
MAYORDOMO.
CONVIDADO 1.º
IDEM 2.º
CRIADO.

Caballeros, señoras, etc.

Epoca actual.—La acción en Madrid

AL LECTOR

Nuevos en el campo de la literatura no creemos haber hecho nada verdaderamente digno de aplauso, y sí sólo algo recomendable por la buena fe de nuestros propósitos y el camino emprendido en nuestra obra, cual es el del realismo y la naturalidad.

No nos hubiera sido difícil en efecto ensangrentar el drama en su final, acudiendo á los mil resortes y tópicos que para ello existen, pero nosotros creemos que no es ese el horizonte del teatro moderno ni de la novela de ahora; hoy, tanto el uno como la otra, encaminan sus pasos y desarrollan sus acciones en un medio que es el de la evolución del pensamiento, la lucha de ideas, las pasiones en trabajo constante que son las causas únicas capaces de modificar el carácter y las costumbres del hombre, el continuo batallar consigo mismo y con los demás, pero no batallar físicamente, sino con las ideas y conceptos como armas; las escenas de muerte y desolación han tenido su época en la edad de oro del teatro español; allí están maravillosamente colocadas porque con ello formaron todos aquellos genios el espíritu nacional, y á quienes nosotros respetamos y estudiamos, pero fuera de aquella época de romanticismo clásico,

no pueden prosperar dichos procedimientos. Por eso, y en nuestro descargo, rogamos al lector que preste su atención al drama íntimo que entre los personajes de la obra se desarrolla, aunque no se exteriorice con luchas violentas; la obra en sí y como lectura pierde el escaso mérito que podía tener si fuera representada y encarnados sus papeles principales por María Guerrero ó Rosario Pino y Thuillier ó Díaz de Mendoza, que con sus genios de artistas hubieran hecho verdaderas creaciones en los personajes de *Marta* y *Carlos*... no es esto posible y por eso lo consignamos aquí, para que el lector, benévolo siempre y más con los que empiezan, lo tenga en cuenta para no extremar sus juicios y perdonarnos lo que quizá podría calificarse de sacrilegio literario.

LOS AUTORES.

ACTO PRIMERO

Despacho elegantemente amueblado del diputado á Cortes Carlos Castell

ESCENA PRIMERA

DON JERÓNIMO y LEONARDO

LEO. La fecha señalada es el quince; hasta entonces en el coto «La Esperanza» los conejos y liebres pueden correr á su antojo, y las perdices volar y describir ramas de... parábola creo que es; en Matemáticas no paso de...

JER. Igual que yo, mi querido amigo; un imberbe jovenzuelo que se ocupe del Algebra podría ser mi profesor en esa materia.

LEO. Pues yo le advierto que eso de parábola se lo he oído á él, porque las Matemáticas las conoce, y á fondo.

JER. Lo creo, ¡qué ignorará ese talento! ¿Conque dice usted que hasta el quince? Claro, para esa fecha estarán cerradas las Cortes, y nuestro hombre podrá dedicarse de lleno al *sport* cinegético, con gran contentamiento de su bella prima que lo perderá de vista lo menos por una semanita...

LEO. O dos...

JER. Qué felicidad, amigo Leonardo, el poder

677498

asistir á una cacería tan bien organizada en terreno tan admirable y tan abundante...

LEO. Pues, anímese usted y será de la partida.

JER. Gracias por sus buenos deseos, pero eso es imposible.

LEO. No veo la razón.

JER. A mi edad es empresa harto arriesgada; además, todos los de la partida son muchachos jóvenes llenos de vida, y por lo mismo, alegres, contentos de vivir; llevan en sí con la edad el instinto de la zambra y del movimiento vivificador.

LEO. Pero eso no obsta para que fuera usted atendido y pudiera...

JER. Lo sé, mi buen amigo, sí; sé que son todos cumplidos caballeros, respetuosos con los viejos; por eso mismo, por no obligarles, por no aguar la fiesta, como se dice vulgarmente, no voy. La juventud es el *sumum* del egoismo; la naturaleza domina á todas las buenas cualidades y manifiesta siempre su poderío; no le confíe usted penas á un ser que se halle en la fuerza de la edad; no le comprenderá, le molestará al tratar de que haga suyos sus sufrimientos; no concibe cómo teniendo buena salud, no sufriendo ningún malestar, el estómago repleto, gozando de un sol radiante, de un aire puro, de la traslación, y el continuo cambio de objetos ante su vista, satisfaciendo de todas suertes, sus necesidades físicas y morales, pueda haber quien ni tenga buena salud, ni goce del sol, ni le sea dado respirar aire bien oxigenado, ni pueda trasladarse por su propio impulso, ni quien tenga la vista cansada é inutilizada para recrearla en la contemplación de lo bello, ni en fin, quien tenga el cuerpo quebrantado de los achaques y el alma dolorida de los fracasos y los desengaños.. á usted mismo, quizá, estará pensando hace un rato que mi charla es inútil y que soy, como viejo, pesado y machacón; que increpo á la juventud porque de ella añoro...

LEO. De ninguna manera, don Jerónimo, al contrario; pensaba y pesaba la razón y la verdad que encierran sus conceptos; habíame olvidado en estos momentos de mi edad para seguirle con más firmeza é imparcialidad en su disertación y...

JER. ¿Y?

LEO. Y me hallo de completo acuerdo con usted.

JER. Gracias, amigo Leonardo; no soy absolutista en mis apreciaciones y no se me oculta que si bien lo dicho es aplicable á muchos, la inmensa mayoría de la gente joven, los hay que no es así, cerebros bien organizados, hombres cuyo talento domina á esa naturaleza, á ese materialismo grosero y avasallador. . (Cambiando de tono.) pero no divaguemos más y entremos en el terreno de la realidad... ¿tiene usted ahí el *Diario de Sesiones* de anteayer, que me agradaría leer *peden lítere* un parrafito del discurso de nuestro genio?

LEO. (Buscando.) Sí, señor; puedo complacerle á usted...

JER. Toda la prensa, hasta la de los partidos de oposición, han estado conformes con que ha sido un éxito parlamentario, y que el tal discurso es un modelo de oratoria y buen decir.

LEO. (Sigue buscando.) Y no digamos nada de su espíritu...

JER. Con el que tiene que estar conforme todo hombre que ame el progreso y... (Le da el periódico Leonardo, lo coge y pasa la vista por él, pasa una página y se para á leer un párrafo.) Aquí está... eh... eh... eh... esto es, aquí está...

LEO. ¿El qué?

JER. Escuche usted. (Lee.) «La civilización y el progreso exige, señores diputados, esta reforma; es una utopia pretender encerrar en moldes antiguos, en procedimientos arcaicos, hechos, aspiraciones de los humanos, á quien los adelantos modernos y el siglo en que vivimos, exigen un cambio radical en

su constitución; hechos y aspiraciones que hoy pretenden arrollar y que arrollarán por la fuerza de sus convicciones y el poder incontrastable de la verdad clara y precisa que los asiste, los débiles muros, los obstáculos ilusorios que quereis oponerle con vuestro atraso, vuestro enturbiamiento cerebral, con el poderío de la reacción, flaqueza la más deplorable que encierra la humanidad.» ¡Amirable! ¡Sublime! ¡Oh! la mayor alegría que un viejo como yo puede experimentar es descubrir el talento en las generaciones venideras, talento que constituye una garantía para la marcha progresiva de la humanidad; tiene razón... el *stato quo*, el dejad las cosas como las encontreis, de los jesuitas es la rémora más temible del adelanto y perfeccionamiento del hombre... Indudablemente Carlos es el hombre del porvenir.

LEO. Tiene usted razón.

JER. Y dichoso el que como usted puede estar en su juventud al lado de un tan gran maestro. (Se oyen pasos.) Tengo ganas de verlo para darle un abrazo.

LEO. Pues ya lo tiene usted aquí.

ESCENA II

DICHOS, CARLOS y SEBASTIÁN, seguidos de CRIADO, que les quita y lleva los abrigos

JER. ¡Carlos!

CAR. (Muy amable.) ¡Mi querido don Jerónimo! (Se estrechan las manos.)

SEB. Se le saluda á usted.

JER. Se le corresponde, señor de Miralles. (Dirigiéndose á Carlos.) ¡Ah! Ante todo venga un abrazo ¡barbián! (Se abrazan.)

CAR. De mil amores, pero...

JER. ¡No admito peros; tu discurso es sublime, piramidal!...

CAR. (Sonriente.) ¡Siga usted, siga usted ensalzando!

SEB. ¡Todo te lo mereces!

CAR. ¿Tú también? A ver, Leonardo, diga usted también algo, añada usted que...

LEO. Mi modesta, pero sincera opinión, se adhiere en un todo á la de estos señores.

CAR. Vaya, dejemos esto, que todavía me van ustedes á convencer de que he hecho algo bueno y...

JER. Y no lo dudes.

CAR. (A Leonardo.) ¿Has despachado esas dos solicitudes?

LEO. Sí, señor; y he escrito el borrador del proyecto.

JER. (A Sebastián.) ¿Usted será también de la partida?

SEB. Es mi debilidad la caza.

CAR. No te olvides de llevar la razón al señor Ortigosa sobre su consulta.

LEO. No; estoy esperando la hora crítica; ya lo conoce usted, le gustan las cosas á su tiempo.

CAR. (A don Jerónimo.) ¿Y qué me cuenta usted, mi querido amigo?

JER. Nada, leí con el interés que se merece el extracto de la sesión de anteayer en *El Liberal*, y la verdad, ya sabes que soy franco, ¿eh?, me entusiasmaste un poquito y dije: voy á darle un abrazo á ese perillán en prueba de asentimiento y adhesión á sus ideas. (Sebastián y Leonardo hablan en voz baja.)

CAR. Adhesión que agradezco en lo que vale.

JER. Puedes tener la seguridad de que cuando menos es sincera.

CAR. Lo sé, lo sé, don Jerónimo, le conozco á usted desde que era... desde que no era nada todavía. (Se ríen.) Es usted el mejor amigo de mi padre; siempre me ha recomendado su compañía, me ha hecho ver que sus consejos eran valiosos, porque es usted un hombre noble, de talento, experimentado conocedor de los barrancos y simas, caminos fáciles y escabrosos de esta vida engañosa...

JER. Bueno, bueno, ¿acaso vas á hacer mi panegírico? Yo soy... lo que soy, y lo único que

debes tener en cuenta es que tu padre y yo hemos sido casi hermanos, y que á tí como tú bien dices, te he visto nacer...

ESCENA III

DICHOS y CRIADO

CRIADO El señor conde de Balara se halla en el salón.

CAR. Voy en seguida. (Se retira el Criado.)

ESCENA IV

Los mismos menos el CRIADO

CAR. ¿Quiere usted venir á saludarle?

JER. Sí, hombre; es casi de mi tiempo.

CAR. Pues está hecho un pollo tan almibarado que no lo parece. (Se quita la levita y se pone una bata; mientras tanto don Jerónimo habla.)

JER. Es que el pobrete es un poco débil de sesera, y en vez de lucir como yo la edad que acompañada de la nobleza del alma, es un galardón, un nombramiento de jefe de tribu, de patriarca que vosotros los de las nuevas generaciones respetuosos reconoceis, no lo hace así y cree más satisfactorio aparecer como soldado de vuestras filas sin tener en cuenta que vosotros le habeis visto las orejas y no os engaña, y á los que fueron sus camaradas nos produce compasión, cuando menos risa... (Carlos hace un rato ha terminado y está parado oyéndole.) ¡Ah, ya estás dispuesto y yo metido de lleno en mi manía de sermonear!

CAR. No hable usted de sus pensamientos con ese tono despectivo; le escuchaba como le he escuchado siempre; las enseñanzas de hombres, de maestros como usted, son el mejor libro, el mejor tratado de la vida; ¡ah! no dude usted que ni mis dotes intelectuales,

ni todos mis entusiasmos, ni las energías mías y de toda la gente que empieza á vivir son capaces de producir un conocimiento tan exacto de las cosas de la vida, de las amarguras y bascas que encierra esta sociedad, verdadera sirena embaucadora, como la experiencia que usted y los hombres como usted han conseguido en su largo guerrear con las contrariedades y los falsos hechos que constituyen el nudo gordiano de la vida en el siglo actual; (Pausa.) por eso yo siempre he saludado respetuoso á la ancianidad y, á su presencia, de mis labios ha brotado un grito de: ¡paso á la sabiduría!

JER. (Con tono triste.) Si todos pensaran como tú y se colocaran en el justo medio, más halagüeño y placentero sería el paso de las criaturas por las miserias y rastrojos que constituyen lo que ampulosamente llamamos *vivir*. (Pausa. Se pone en pie.) Pero vamos, no hagamos esperar más al Conde.

CAR. Sí, vamos; (Dirigiéndose á Sebastián.) luego vienes para el salón.

SEB. (Interrumpiendo su conversación con Leonardo.) Sí, luego iré.

CAR. (A Leonardo.) No te olvides de la visita al señor Ortigosa.

LEO. Pierda usted cuidado.

JER. Hasta luego, señores.

SEB. } Hasta luego, don Jerónimo. (Se van don Jeró-
LEO. } nimo y Carlos.)

ESCENA V

LEONARDO y SEBASTIÁN

SEB. Desengáñese usted, amigo Leonardo, que á pesar de la oposición de las izquierdas, y todo el influjo y prestigio de nuestro hombre y su minoría, la enmienda al proyecto será rechazada y continuarán las cosas en el mismo estado.

LEO. No lo crea usted así; yo no soy tan pesimista, y le digo esto, porque hace una semana estamos don Carlos y yo revolviendo legajos, buscando datos é hilvanando con todos estos materiales un admirable discurso-defensa de su enmienda, que estoy seguro producirá un efecto excelente; además está redactado con habilidad tal, que pone al Jefe del Gobierno y á la Comisión dictaminadora en el dilema de aceptarla, ó hacer renuncia pública y completa, de lo que fué siempre bandera y programa del partido; créame usted; se avecinan grandes días, el triunfo de Carlos será completo.

SEB. Hombre, si es así, tiene usted razón; todo es de esperar de su influjo político y su talento. (Pausa larga.) ¿Y su prima, la hermosa novelista?

LEO. Creo que se ha ido con su tío al Museo de Pinturas.

SEB. ¡Siempre tras del arte y para el arte! Y que lo ama en todas sus manifestaciones.

LEO. ¡Vaya! Le habla á usted con tanta facilidad de las obras de Shakespeare, Dante, Virgilio y demás clásicos de todas edades y épocas como está una hora ensalzando los pasajes y bellezas de la incompleta de Schubert ó del andante de la sonata en *la* de Beethoven, y de ahí da un salto y le habla de la Escuela de Velázquez, Van Dick y demás compañeros mártires y así todo.

SEB. Es verdaderamente extrardinario; (Con entusiasmo.) no dude usted un momento de que es la obra más completa y más acabada de la naturaleza, en ella tiene usted reunido el talento, la belleza, la gracia, la elocuencia, el *sprit* el *je n'ai sais pas* de los franceses que la hace tan adorable.

LEO. (Sonriente.) Cualquiera que le oyera á usted creería que estaba enamorado de ella.

SEB. (Continuando entusiasmado.) ¿Y quién no lo está de un tan gran portento? ¿Acaso hay persona de las que á su alrededor pululan que no la ame más ó menos platónicamente? ¿Aca-

so puede haber quien dotado de medianas condiciones intelectuales no se sienta atraído por esa mujer que le embelesa con su charla agradable y atrayente, que le sujeta á usted á ella con sus gestos y mohines graciosos, inocentes, admirables por no ser estudiados, sino producto de su mismo sér; que le distingue y le considera cualquiera que sea su rango y le manda con un encanto que le obliga á obedecerla aunque fuera contra todas las leyes divinas y humanas? Sí, no lo dude usted; enamorado perdidamente, enamorado estoy de la prima de Carlos.

LEO. Lo creo, lo creo, después de haberle oído hablar con tanto calor y con tanto entusiasmo, ¿merecido, eh? de Marta, no lo dudo; por cierto que ya me lo habían dicho.

SEB. Como mi pasión es noble y mi conducta es y será en este asunto todo lo caballerosa que puede ser, no tengo por qué ocultarlo.

LEO. ¿Y no le ha dicho usted nada á ella?

SEB. Todavía no; la verdad... como ha tenido tantos enamorados, y como todos sin excepción han terminado en el fracaso, no me he atrevido aún, por temor á aumentar el número de estos, conservando así una ilusoria esperanza que, pequeñísima, microscópica y todo, me hace mucho bien.

LEO. Tiene usted razón, y yo, no refiriéndome á usted ¿eh? sino hablando en general, le aplaudo á Marta su conducta, pues creo que los seres como ella que podemos considerar superiores, no deben contraer matrimonio, pues se deben al arte y á sus obras, y como el amor es tan egoista robaría á las unas y al otro la mayor parte de su tiempo.

SEB. ¡Cá! no: todo lo contrario; sería el mayor de los tormentos que podía usted imponerles; no prive usted á esos seres del amor que son los que de él más necesitan; el amor, cuando es verdadero y noble, es lo más sagrado, lo más hermoso de la tierra, sentimiento altruista, generoso, que le hace á usted lle-

gar hasta el sacrificio de la vida con gusto por el sér amado, que le hace grande de alma, que si es usted malo, le convierte en bueno, y si no tiene usted voluntad le dota de ella, y si antes no era capaz de hacer una obra mediana, ahora se siente uno con fuerzas para emprender la más gigantesca; (Con calor.) es el único sentimiento que arraigado en el corazón es capaz de hacer cambiar las costumbres y las cualidades y de convertirle de egoista en desprendido, de cobarde en valiente, de siervo en rey, de miserable gusano en fiero león, en sér superior, grande; créame, el que no ama vive en el vacío, flota en el mundo de la inconsciencia, en un verdadero limbo, y si antes de amar no ambicionaba, después de amar envidia el mismo trono al Señor, porque en ese trono quisiera colocar al ser amado. (Deteniéndose.) Ahora bien, el amor verdadero no se debe confundir con el grosero deseo, apetito carnal que para existir sin vergüenza entre los hombres se disfraza con la clámide de ese amor; esta corrupción, esta falsificación pudiéramos decir, de la pasión más sublime de los humanos es la que siente la inmensa mayoría de los seres racionales; la otra, la que le he dicho que es tan grande, no lo encontrará más que en corazones nobles, almas elevadas y capaces de comprenderlo así, y que de él necesitan, puesto que mientras no aman tienen en su corazón un vacío, sienten una soledad completa en su alma; uno de esos séres es Marta; no le prive usted de gozar lo único que debía ser eterno, que debía encontrarse tanto en esta vida como en la otra, si es que hay algo más allá; lo único de lo que quizá no somos merecedores los hombres por nuestro sér bajo y ruin y nuestras cualidades semejantes en un todo á las de los seres irracionales. (Pausa. Con energía.) En fin, no quiero molestar con disertaciones que no vienen á cuento; pero yo le aseguro que Marta, si no ama amará, porque si na-

die hasta hoy le ha hecho sentir esa llama en su interior, la sentirá; pero llama que si no se extingue con lo único que puede hacerse, que es el mismo amor, le devorará y consumirá por completo su alma, convirtiendo su tránsito por la vida en un constante y prolongado suplicio.

LEO. ¡Caramba! ¡caramba! ¿sabe usted que casi me ha convencido? ¿Y no es usted ni siquiera ateneísta?

SEB. Yo no soy nada, querido amigo; yo no hago más que amar y mucho, y en fuerza de amar y de pensar en ello, he formado el criterio que le acabo de exponer.

LEO. Pues yo lo decía teniendo en cuenta que de su proceder no se deduce otra cosa que una aversión más que regular al matrimonio; ella misma me ha hablado en contra en alguna ocasión.

SEB. ¡Hola, hola! conque su confidente, ¿eh?

LEO. ¡No me engalanaré yo con plumas de pavo real! No soy su confidente ni mucho menos; es que á veces tiene momentos de espansión en los que franquea pensamientos hasta íntimos con el que encuentra más á mano... ¡Confidente! No creo yo que haya quien pueda vanagloriarse de ello, ni su mismo tío, á quien tanto quiere, y de Carlos ya no digamos, á ese casi odio le tiene.

SEB. La verdad es, que es bien raro esa aversión que se profesan, sobre todo por parte de ella, dentro de la política con que se tratan, dadas sus educaciones y posición.

LEO. Sobre todo siendo dos seres tan iguales que parecen el uno hecho para el otro: de talento, presencia...

SEB. Las mismas rivalidades en sus profesiones que tienen de contacto el talento que poseen.

LEO. Como que no dice él una cosa, no expone una opinión que ella no se la contradiga y viceversa.

SEB. En fin, que como un verdadero amigo mío que usted es...

LEO. Gracias.

SEB. Le diré que estoy decidido á salir de esta ambigüedad para saber á qué atenerme.

LEO. De manera que en cuanto encuentre ocasión...

SEB. Me declaro. (Se oyen pasos y Leonardo va á mirar.)

LEO. Pues me parece que ahora se le presenta; ahí viene ella.

SEB. ¿Sola?

LEO. Sí. Por lo visto ha vuelto de su visita al Museo. (Mira el reloj.) Yo me voy á visitar al señor Ortigosa, que ya es hora; le dejo á usted el campo libre. (Coge el sombrero y un bastón y se va hacia la puerta.) Conque, buena suerte. (Se va.)

SEB. Gracias. Hasta luego.

ESCENA VI

MARTA y SEBASTIÁN

MARTA (Entrando.) ¡Señor de Miralles! ¡tanto bueno por aquí! (Le alarga la mano.)

SEB. ¿Qué tal?

MARTA Muy bien. (Se sientan.) Y quién debe agradecer la visita, ¿mi primo ó yo?

SEB. La amistad sincera que á los dos profeso, me obliga á dividirme moralmente en dos partes y decirle á usted que la visita es para ambos.

MARTA ¿Lo ha visto usted ya?

SEB. Nos hemos encontrado en la calle y hemos venido juntos en el «Regnault».

MARTA (Sonriente.) Yo también acabo de llegar.

SEB. Sí, ya me ha dicho Leonardo que había ido usted al Museo de Pinturas. ¡Siempre tan laboriosa y tan artista!

MARTA ¡Por Dios, señor de Miralles, no exagere usted! ¿Qué cree usted que puede hacer en Madrid por las mañanas una persona que medianamente ilustrada, sea como yo enemiga de quedarse en cama ó pasarse las horas cambiando de peinado y demás frivo

lidades á que se dedica nuestra flamante aristocracia, con honrosas excepciones?

SEB. Tiene usted razón, y además como no tiene usted ninguna casa que arreglar...

MARTA Afortunadamente; porque le advierto á usted que lo haría de muy mala gana; por eso estoy convencida de que sería una esposa muy mediocre.

SEB. Pues yo opino todo lo contrario; dice usted eso ahora, pero estoy seguro de que haría usted la felicidad del hombre á quien eligiera.

MARTA ¿Lo cree usted así?

SEB. En absoluto, Marta; haría usted una esposa ideal; toda mujer que, como usted, se halle dotada de una sensibilidad tan exquisita, de un talento que, como el suyo, evitaría seguramente entre ambos todo choque que proviniese de causas nimias, rozamientos que, producto de la ignorancia y fundamentados en futilezas, son, no obstante, suficientes para hacer vivir al matrimonio en perpetua lucha; eso no puede haberlo en su matrimonio; en él tienen que campear la gracia y la seducción que le hará á ambos vivir en constante luna de miel; gracia y seducción que aparecerán en mil detalles insignificantes en sí, pero que hacen la felicidad del ser á quien se dirigen y que los comprende.

MARTA ¿Sabe usted, señor de Miralles, que piensa usted muy bien y se expresa con... vamos, con mucho calor?

SEB. No se burle usted, Marta, porque...

MARTA Me ofende usted con tal suposición; cuando tengo el gusto y la satisfacción... sí, la satisfacción de hablar con una persona que, como usted, me demuestra talento y se extiende manifestando su intimidad en materia digna de ser discutida, créame usted, dejo á un lado bromas que no pueden demostrar otra cosa que ligereza y mal gusto, y entro gustosa y del brazo de mi interlocutor en el terreno de la conversación que,

seria por todos conceptos, puede reportarme alguna enseñanza.

SEB. En ese caso, perdóneme usted, Marta; pero cuando uno sufre y mucho, y cuando piensa que su pena, su dolor no encuentra eco en otra alma semejante, entonces las respuestas se le antojan chanzas y los consejos ironías y burlas.

MARTA Pues ya le digo á usted, después de oir el boceto que usted hizo de... de lo que podría ser mi matrimonio, hice la observación de que se expresaba usted con mucho fuego, prueba de un alma joven y llena de entusiasmo; he ahí todo.

SEB. Sí, dice usted bien; lleno de entusiasmos, pero no crea usted que son innatos en mí, son entusiasmos y firmezas comunicadas por algo que viene del exterior, sí; (Ya resuelto.) fuerza es que se lo diga á usted ya; la amo á usted con pasión, con locura; es usted mi ideal, la amo primero porque sí, porque sí, porque el amor es algo inherente á la persona, al objeto amado que me hace quererla tal cual es, buena ó mala, hermosa ó fea, noble ó ruin, y segundo porque la hallo tan perfecta, porque creo conocerla tan á fondo que creeríame el único mortal que lograra la felicidad completa al unirme con usted; comprendo que no merezco tanto, que soy una vulgar tortuga que se atreve á elevar sus ojos para ambicionar la posesión del águila caudal, pero la humanidad es así; todos deseamos salirnos de nuestra esfera; todos, si poseemos algo, queremos convertirlo en mucho, si sabemos algo, pretendemos no ignorar nada; todo el que nace *cuarto,* aspira á ser *ochavo*; el pobre, rico: el seminarista sueña con la mitra, el soldado con el entorchado; hasta pretende el ciego recobrar la vista; así pretendo yo, gusanillo vulgar, engalanarme con la flor más hermosa y de más exquisito perfume que he encontrado en el jardín donde mi existencia se desliza.

MARTA Le he oído á usted con gusto, y francamente, satisfecha por la primera parte de su peroración, muy halagüeña para mí, ulteriormente no he querido interrumpirle por no cortar su inspiración, pero sepa usted que no puedo ni debía oirle hablar de esa manera, con esa glorificación de mi persona, completamente, oiga usted bien, completamente insignificante y esa modestia exagerada y despectiva conque lo hace de su propio ser; sepa usted que es usted muy digno, no digo de aspirar sino de conseguir la posesión de quien como yo no pasa de ser... ¿qué le diré á usted? una mujer dotada de más ó ménos seducción; quizá con un poquito más de sentido común que otras, ya ve usted que doy á un lado la modestia para hablarle francamente y con la sinceridad que usted merece. Respecto á la pasión que siente usted por mí, (Con mucha timidez y dicho con bastante mimo) ante todo le repito que tal distinción me honra mucho y que le seré agradecida eternamente por ello, reconociendo siempre la exquisita delicadeza conque me lo ha expuesto... (Muy despacio y como pensándolo mucho.) No le ocultaré que me ha sorprendido, pues no esperaba tal acontecimiento y terminaré rogándole me conceda el tiempo necesario para pensar la respuesta y no obrar de ligero en un asunto en el que se juega el bienestar y la tranquilidad suya y mía.

SEB. Marta, no tengo nada que añadir á lo que le he dicho; agradeciendo (Se levanta.) las distinciones conque me colma, la dejo en libertad completa para que obre según le dicte su conciencia y... su corazón; con su permiso me retiro, voy al lado de Carlos que me espera.

MARTA (De pie.) De todas maneras cuento siempre con usted como un verdadero amigo.

SEB. Y admirador; á los pies de usted.

MARTA Beso á usted la mano. (Se va Sebastián.)

ESCENA VII

MARTA y la BARONESA que entra en seguida

BAR. (Entrando.) ¡Amiga querida!

MARTA (Besándose.) Acabo de estar en tu casa.

BAR. Me lo han dicho y he sentido no encontrarte porque tenía que transferirte el encargo que recibí ayer de todos mis contertulios, de expresarte su admiración á tu talento de artista y rendirte pleito homenaje reconociéndote como nuestra mejor poetisa; se leyó tu último romance y algunos capítulos de tu novela *Temperamentos*, y escuso decirté lo que agradaron; sabes que no soy aduladora y por tanto puedes creer todo lo que diga en tu elogio.

MARTA Gracias, pero...

BAR. Además, estás ya juzgada por los mejores críticos de la corte, y ya no pueden hacer mella en tí las felicitaciones de nosotras, que ignorantes en literatura, no poseemos más que el instinto de lo bello y de lo bien hecho.

MARTA No digas, por Dios, esas cosas; los elogios tuyos y de los amigos como tú me enorgullecen más que los de los críticos de profesión, porque sé que no teniendo necesidad como no tenéis de alabar mis trabajos, cuando lo hacéis es porque estáis convencidos de que valen, es decir, que sois sinceros; lo que seguramente no ocurre con esos críticos cuyos juicios pones tan por encima, críticos que alaban mis obras quizá más que por su mérito, por mi posición, mis buenas amistades y hasta por... mi buena mesa.

BAR. Te agradezco el concepto que, tanto yo como mis amigos, te merecemos, pero eso no obsta para que no te perdone tu poca formalidad al no acudir á mi *soirée*.

MARTA Verás...

BAR. No te disculpes; porque sé que vamos á

terminar dándote yo la razón y entonando el *mea culpa;* ya sabes que te conozco y sé que sacas razones y pretextos de donde no hay.

MARTA En esta ocasión me asiste motivo; además, ahora tengo mucho que trabajar.

BAR. Es que tienes el trabajo literario ya como manía; mira, no seas tonta y hazme caso, que para eso soy más vieja que tú, y conozco mejor que tú el lado prosáico de la vida; tú eres muy romántica, vives demasiado abstraída de la realidad de las cosas; tú te crees dotada de alas para elevarte por las regiones del bello arte, te crees que no hay más que éter en la vida; te lanzas á volar y, cuando estés un poco elevada, verás que todas son ilusiones engañosas, que no tienes alas y te caerás para no levantar jamás tu espíritu abatido y maltrecho por el fracaso... tú ya me comprendes; debes vivir más en el mundo, no dedicarte tanto á emborronar cuartillas y más cuartillas, porque llegará día en que te arrepentirás de esa juventud que tan cruelmente sacrificas.

MARTA En parte tienes razón, pero...

BAR. No hay pero que valga; tú te crees que no eres más que una artista y antes que artista eres mujer; (Con tono serio.) dentro del mármol del arte se encierra, no lo dudes, una esposa amante; más, una madre cariñosa... hoy duermen; cuando despierten en tí esas aspiraciones, el único y noble fin de la mujer, ¡que no sea tarde! ¡porque entonces serás desgraciada el resto de tu vida!

MARTA (Con mimo y abrazando á su amiga.) ¡Por Dios, querida mía, has conseguido ponerme triste!... (Cambiando de tono.) Sí, tienes razón; por eso me he decidido á casarme.

BAR. Y harás muy bien; cuando yo era soltera también soñaba con laureles y coronas ganadas, también iba demasiado aprisa por la senda de las ilusiones... gracias al pícaro de Julio que me trajo al mundo de la realidad; hoy primero soy esposa, mañana quizá ma-

dre, y después me ocupo de las bellezas del arte en todas sus manifestaciones; pero esto en segundo término.

MARTA Tienes razón; tú has acabado de decidirme, tú has echado en el platillo de la balanza el gramo que ha hecho inclinarla en favor del matrimonio... en favor de... Sebastián.

BAR. (Asombrada.) ¡Sebastián! ¿qué Sebastián?.. ¡Ah! ¿Sebastián Miralles, acaso?

MARTA El mismo.

BAR. Pero... ¡qué me dices! ¡Eso es una broma! ¡no puede ser!

MARTA ¿Por qué no? Me ama... es bueno, inteligente, ocupa una posición social muy respetable...

BAR. Pero hija, ¡por Dios! no lo compares...

MARTA Pero si yo no lo comparo con nadie.

BAR. Pues yo sí... con Carlos, con quien debe ser tu esposo, con el único que es digno de tí.

MARTA En primer lugar no ofendas al ausente; digno de mí es toda persona que sea honrada.

BAR. Bueno; si no quiero decir eso...

MARTA Te entiendo, pero ¡tú siempre con tu empeño de casarme con Carlos! Te he repetido mil veces que no me ama; todo lo contrario; el amor no puede permanecer oculto, y el de él no ha aparecido por ninguna parte; me contentaría con que me quisiera como prima suya que soy; y además, para complemento... yo tampoco le amo.

BAR. ¡Quiera Dios que no te equivoques al apreciar sus sentimientos... y los tuyos!

MARTA (Con interés.) ¿Crees que me equivoco?

BAR. No lo creo, lo aseguro... tu talento aquí, como parte interesada, está ofuscado.

MARTA ¡Oh, no! ¡yo estoy segura de no amarle!

BAR. Puesto que estás decidida á unirte á Sebastián, ¡quiera Dios que sea verdad lo que dices, porque si no la desgracia será tu compañera y para siempre!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, CARLOS, SEBASTIÁN, DON JERÓNIMO, después LEONARDO

JER. ¡Hola, Martita!

CAR. (Al mismo tiempo.) ¡Qué agradable sorpresa! ¡La Baronesa por esta su casa!...

BAR. ¿Qué tal, mi querido diputado? (A Sebastián.) Señor de Miralles, un verdadero placer...

MARTA (A don Jerónimo.) ¿Ha visto usted al tío? (Entra Leonardo y se dirige a su escritorio á continuar sus trabajos.)

JER. No; ahora lo veré.

MARTA Si acabamos de llegar. (Lleva aparte á Sebastián. Carlos se dirige á su mesa-escritorio y se pone á hablar con Leonardo.) Señor de Miralles; lo he pensado ya... y...

SEB. (Con interés.) ¿Y...?

MARTA Acepto.

SEB. ¡Marta! ¡Mil gracias! ¡Me hace usted feliz!...

MARTA Y como tengo prisa por celebrar los esponsales, lo comunicaremos á este puñado de buenos amigos. ¡Señores! (Se vuelve y coge de la mano á Sebastián.) Tengo el gusto de presentarles al señor de Miralles, que me ha ofrecido su mano y que acepto, (Lanza una mirada en derredor, fijándose con insistencia en Carlos.) esperando de la buena amistad de ustedes, que profesarán á mi futuro esposo el cariño y solicitud que conmigo han tenido siempre. (Carlos se queda como anonadado con la noticia, apoyándose en la mesa-escritorio.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Es de día

ESCENA PRIMERA

CARLOS y LEONARDO. Carlos aparece sentado y apoyándose la cabeza entre las manos

CAR. (Como hablando consigo mismo.) No, no acierto á creerlo; todo me parece un sueño; mi alma se resiste, se niega á admitir la realidad del hecho...

LEO. (Que está sentado escribiendo lo que le dicta Carlos.) «La fe inquebrantable que con su poderío nos dará el triunfo...»

CAR. (Continúa sin prestar atención.) ¡Oh! esta lucha interna de sentimientos encontrados es peor cien mil veces que todos los sufrimientos corporales; tener el alma rendida...

LEO. «Que nos dará el triunfo.» (Levanta la cabeza.) ¿Pero qué le pasa? (Aparte.)

CAR. El corazón destrozado...

LEO. Don Carlos, quedamos en «que nos dará el triunfo...»

CAR. (Como despertando de un sueño.) ¡Ah, sí! Dices... que nos dará el triunfo; no, amigo mío, el triunfo no, la derrota, peor que eso, porque siquiera la derrota lleva consigo la idea de lucha, de batalla; entonces cuando á uno

de los combatientes se le acaban los elementos de combate, ó cuando no logra más de su esfuerzo propio, entonces sale derrotado, pero con gloria, después de haber luchado y defendido con valor su derecho y su razón; pero yo no, yo no he luchado, yo me he entregado al enemigo sin medir mis armas con él, atado de pies y manos me he humillado antes del combate; yo, el batallador de la tribuna, el esforzado paladín que convierte las columnas de la prensa en palestra, donde reta y lucha con toda suerte de enemigos, he sido vencido en algo que me interesa más que toda mi reputación de talento; en mi lucha con el amor, que es mi felicidad, que es mi vida... he sido vencido, ¡pero cómo!...

LEO. ¿Pero no le ha dicho usted nada?

CAR. He ahí mi error... no sé... Yo el hombre decidor y enérgico, lo mismo en asuntos serios que en amores livianos, yo que he improvisado discursos y oraciones, héme ante el verdadero amor convertido en un infeliz colegial que hasta no sabe ser galante con el sér amado... (Con más interés.) Porque yo la la amo con locura... ¿Crees acaso que esta vida de lucha, esta ambición y este afán de gloria que yo he sentido hasta aquí, no tenía más guía, más norte que la gloria misma? Pues te equivocas; yo he ambicionado, yo he deseado llegar para compartir con ella mis laureles, para ser digno de ella por completo, para hacerme algo superior á los que me rodean y poder inclinarme ante ella y ofrecérselo todo con mi amor noble y sincero. ¡Ah, Leonardo! ¡Cuán equivocado estás y están los que creen que no pienso en mi gloria más que para mí mismo! ¿Por qué los argonautas se lanzaron á correr los peligros de una expedición por mares desconocidos y plagadas sus almas de leyendas terroríficas? ¿por gusto? no; por ambición de lograr la posesión del vellocino de oro. ¿Acaso eres tan cándido que crees en el desinte-

rés absoluto de Colón al lanzarse en pos de riesgos y peligros sin ventura? No lo creas; también había en él el afán de las riquezas y del mando y del bienestar futuro para sí y para su familia; pues mi faro, mi norte, el verdadero motivo, el vellocino de oro que yo perseguía era Marta... ¡Marta adorada! ¡Hoy me la han arrebatado!... ¡Para qué quiero seguir luchando!... ¡Ya no tiene objeto!

LEO. No hay que desanimarse, todo se puede arreglar todavía...

CAR. No, eso no; ya no tiene remedio; hoy se casa; cuando se ha decidido á ello es porque no siente por mí amor ninguno, si no nadie le obligaba á aceptar el ofrecimiento de Sebastián...

LEO. Acaso el despecho... al ver que usted no le decía nada.

CAR. El despecho no puede llegar á tanto; por amor propio no se tronchan las aspiraciones del alma, ni se siega cruelmente la espiga de la felicidad...

LEO. Por lo mismo que usted no le ha dicho nada, podía ella haberse encerrado en sí misma..

CAR. Calla, Leonardo, no me digas eso, no siembres en mi alma la desgarradora duda, porque entonces... Pero no puede ser... Yo no le he dicho nada, pero tampoco me caso, y ella... (Con dolor.) ella, Leonardo, se casa... sí, se casa con otro.

LEO. Le repito que aun es tiempo, tenga usted una conferencia con ella, y todo se puede arreglar; total, un poco de habladurías que duraría un mes, acaso menos, y todo arreglado.

CAR. Eso nunca; mi orgullo no me lo permite; jamás me humillaré hasta ese grado; la amo, se casa, pues yo aherrojaré mi amor, yo ahogaré esta pasión, yo me dedicaré á borrarla de mi corazón y destrozar y machacar con constancia el cariño que por ella siento, pero no lo sabrá nunca, no le daré el placer de saber que por ella soy desgraciado... (Pausa larga.)

LEO. Entonces dejaremos esto por hoy... ¿eh?
CAR. Sí... dejémoslo por hoy... y quizá para siempre...
LEO. (Aparte.) ¡Oh, orgullo humano á dónde llegas!

ESCENA II

DICHOS y DON TOMÁS

TOM. Pero hombre, es necesario que no te engolfes de esa manera en tus trabajos, porque te olvidas de todo, hasta del día de la fecha.
CAR. ¿Por qué dice usted eso?
TOM. Pero hombre ¡por Dios! hoy se casa tu prima; la hora se acerca; la casa está llena de gente y tu sitio está en el salón, á cumplimentar las amistades como hijo mío y primo de Marta.
CAR. Es que tengo mucho que hacer; precisamente...
TOM. ¡Será posible! precisamente en el día de hoy, eso más te tendrá que agradecer tu prima. Tú te has propuesto tenerme disgustado siempre con tu comportamiento con la pobre Marta, la hija de mi querido hermano... y á fe que lo consigues.
CAR. Pero, papá, no sé por qué me dice usted eso; yo me comporto con ella... como debo, y... le digo á usted que tengo asuntos importantes, urgentísimos, que no admiten dilación..
TOM. Pues bien; yo no te digo nada más; tú verás lo que haces... (Se marcha.)
CAR. No: si ahora voy...
TOM. (Se vuelve.) ¡Ah! pero por lo menos no prives á Leonardo de asistir á la ceremonia.
CAR. ¿Yo privarle?
TOM. Sí, (Sacando el reloj.) ya ves la hora que es y todavía tiene que arreglarse.
CAR. (A Leonardo) ¡Leonardo! ¡vete!
LEO. Terminaré en un momento.
CAR. Que te vayas, hombre, ya recogeré yo todo esto.
LEO. Pues... ¡hasta luego! (Se va.)
TOM. ¡Hála! que apenas te queda media hora.

ESCENA III

DICHOS, menos LEONARDO

CAR. Ya ve usted, tenía que despachar toda esta correspondencia, redactar las bases del concierto económico para llevarlas mañana á la comisión.

TOM. ¿Y cómo te has atrasado tanto?

CAR. No hay atraso, es que ha venido todo junto, de golpe.

TOM. Pues en un día como hoy, día feliz para esta casa, no hay correspondencia, ni concierto económico ni nada: yo me voy al salón; mi presencia allí...

ESCENA IV

DICHOS y CRIADO

CRIADO Señor; en el salón preguntan por usted. (Se va.)

TOM. ¿Ves? ya me buscan, conque lo dicho, no te demores, tú, no te vaya á coger la ceremonía en esa facha. (Se va marchando.) ¡Pobre hermano mío! si levantara la cabeza y viera esto, ¡qué feliz sería!

ESCENA V

CARLOS solo

Mi padre feliz, ella feliz, todo el mundo es feliz, hasta los criados, en cambio, yo soy el desgraciado.... yo sufro por todos ¡cómo ha de ser! día luctuoso para mí. Probaré la fortaleza de mi corazón... iré al altar... presenciaré el sacrificio de mi alma... sí; soy fuerte... permaneceré estoico, ante el derrumbamiento de mis ensueños de felicidad... estoy seguro de mí mismo.

ESCENA VI

CARLOS y MARTA, que aparece por la puerta del fondo

MAR. (Vestida con traje de novia, viene muy indecisa pero bastante coqueta.) ¿Estás muy ocupado?

CAR. (Sin mirarla y continuando escribiendo.) Bastante.

MAR. Con cuyo motivo no podrás asistir á mi boda.

CAR. No creas tal; apañado estaba entonces; iban á llover sobre mí reconvenciones de mi padre, de tí, de todos.

MAR. (Molestada.) Y merecidísimas, (Se sienta.) porque trabajar en una ocasión como la actual, como si tuvieras que ganar el pan nuestro de cada día, sin tener en cuenta que es un día de dicha para todos los de casa, porque creo que á tí te alegrará... esto, mi boda que me hace feliz... (En tono irónico, pero muy bien disimulado.)

CAR. (Con acento profundo y fingiendo también.) Sí... no lo dudes, estoy... muy contento... sí... muy contento.

MAR. ¿De manera que no faltarás?

CAR. Pierde cuidado; en cuanto termine esta carta me enfundo en el frac y estoy en el salón.

MAR. (Riéndose.) Me hace gracia tu dominio de la pluma; desde que he entrado no has dejado de hablar y de escribir y... una de dos, ó lo escrito es un mamarracho...

CAR. (Aparte.) Has acertado.

MAR. O tu cabeza posee una cualidad rara, la de dictar dos pensamientos á la vez, uno á la lengua y otro á la pluma.

CAR. Ni lo uno, ni lo otro; no hay nada de eso; no te has fijado en el término medio de la cuestión, aquí no hay más pensamiento que el hablado, lo escrito es copia de un borrador que tengo delante.

MAR. ¡Ah! ¡vamos! ya no tiene tanto mérito la acción porque yo conozco á muchos que ha-

blan al mismo tiempo que copian documentos.

CAR. Leonardo no sólo habla cuando copia, sino que canta... (Pausa larga.)

MAR. (Procura llamarle la atención, se revuelve en el asiento y por fin se pone en pie. Carlos continúa escribiendo.) Bien, pero el señor diputado todavía no se ha dignado levantar la vista.

CAR. ¿Eh?

MAR. Para decirme qué tal me sienta el traje de novia.

CAR. (Levanta la cabeza y la mira.) Pues... estás muy bien.

MAR. (Con coquetería.) ¿Nada más?

CAR. Lo demás, no es á mí á quien corresponde decirlo... es á mi querido amigo Sebastián, tu esposo dentro de breves momentos.

MARTA Y á propósito, no me has dicho todavía tu opinión respecto de... Sebastián.

CAR. ¿Acaso me la has preguntado?

MARTA Tienes razón, pero entre nosotros hay confianza y libertad suficiente para no esperar tal requisito y decir lo que se piensa.

CAR. Pues muy bien, me parece bien, es muy buen muchacho, cuando lo has aceptado estarás posesionada de ello... Además todo esto huelga, porque aunque te dijese lo contrario, de lo que estoy muy lejos, no me harías el menor caso... de manera que...

MARTA Eso no; yo te escucharía con la atención que merece tu calidad de pariente próximo y tu talento y conocimiento de la vida.

CAR. (Con visibles muestras de cansancio.) En fin, no hablemos de cosas que han sucedido, resultarían opiniones tardías.

ESCENA VII

LOS MISMOS y SEBASTIÁN

SEB. Marta, pregunta por tí tu tío que te necesita para algo importante.

MARTA Voy en seguida.

SEB. (A Carlos.) Ya estás tirando la pluma al diablo; hoy no se trabaja.

CAR. (Deja de trabajar y se levanta.) Ya lo hago.

SEB. Pero no pongas esa cara de Verónica.

CAR. ¿Yo?

SEB. Sí, hombre, sí; ¿acaso estás incomodado?

CAR. (Fingiendo alegría.) De ninguna manera, no, hombre, no, no te inquietes.

SEB. Bueno, pues como yo estoy loco de alegría, quisiera ver á todo el mundo igual... ¡ea! dame un abrazo.

CAR. ¡Qué cosas tienes!

SEB. (En tono de broma.) Nada; abrázame ó creo que no me puedes ver, que me odias...

CAR. Entonces para convencerte de lo contrario... (Se abrazan, mientras tanto Marta se va marchando.)

SEB. Y á propósito, Marta, ven aquí. (Marta se vuelve.) En un día tan solemne como hoy, tenéis que cerrar y sellar para siempre el período de disputas y desazones tontas con un fuerte abrazo, y empezar una era de cariño franco y amistosa concordia, ¿eh?

CAR. No dudes que...

SEB. Se terminaron vuestras rencillas; un abrazo delante de mí.

CAR. Hombre...

MARTA Pero...

SEB. Nada, no admito peros. (En tono de broma.) Señora, obedézcame usted, que para eso es mi esposa.

MARTA (Riéndose forzadamente.) Todavía no, señor mío.

SEB. ¡Ea! ya os estais abrazando.

CAR. Puesto que te empeñas... (Se abrazan tímidamente.)

SEB. Más fuerte. (Lo hacen.) Bien, ya estais reconciliados... y para *in eternum*, conque arréglate á escape y ven al salón. (Se van del brazo Sebastián y Marta por el fondo.)

ESCENA VIII

CARLOS, solo

(Con acento de sufrimiento.) ¡He apurado el cáliz de la amargura y del dolor hasta el fondo... hasta la última gota!... (Se va por la puerta derecha.)

ESCENA IX

DON JERÓNIMO y el MARQUÉS

JER. Tenemos tiempo suficiente.

MAR. No está aquí tampoco.

JER. Pues Leonardo, á quien encontré al final de la calle, me dijo que aquí quedaba.

MAR. (Consultando un reloj.) Como la hora se acerca, estará en el salón. ¿Vamos allá?

JER. Sí; pero permítame antes, querido Marqués, descansar un momento. (Se sientan.) Me siento fatigado; la verdad es que estoy hecho una ruina.

MAR. No lo crea usted así, que á su edad hay quien no se puede mover de un sillón; ya quisiera yo...

JER. Sí, eso sí, no puedo quejarme; y hablando del asunto que aquí nos trae... ¿qué me dice usted de... de esta boda?

MAR. Si le he de ser á usted franco... tanto á mí como á mi mujer no nos gusta; sobre todo á ésta; ya sabe usted la intuición que poseen las mujeres en materia de amor; intuición maravillosa, que como un sexto sentido desconocido para nosotros, les indica dónde está el peligro, lo bueno ó lo malo del enlace...

JER. Conformes, querido Marqués, conformes.

MAR. La mía, como le iba diciendo, desde que tuvo noticia de tal enlace, y eso fué el mismo día que usted, si mal no recuerdo...

JER. Yo estaba casualmente aquel día en esta casa.

MAR. Bueno, pues desde entonces no hace más que condolerse de la desgracia que según ella amaga á Marta y... también á Sebastián.

JER. ¿Y en qué se funda para?...

MAR. No sé; ella ha observado mucho y... además sabe usted que le une estrecha amistad con Marta; pues jura y perjura que no pueden ser felices, puesto que el corazón de Marta, todo esto, según mi mujer ¿eh?, que el corazón de Marta no pertenece á quien debiera, á Sebastián sino á... (Se queda suspenso.)

JER. Atrévase usted.

MAR. Hombre, (Mirando hacia todos los lados receloso.) la verdad es que...

JER. Lo diré yo á... Carlos.

MAR. Eso dice ella.

JER. (Con acento solemne.) ¡Y yo!

MAR. ¿También usted?

JER. Sí, también yo, nosotros los viejos somos como los actores que, retirados de la escena por falta de facultades, por agotamiento físico, no pierden el cariño al tablado donde han transcurrido sus mejores años; antes al contrario, su amor por él, se acrecenta, y puestos en la imposibilidad de trabajar, se contentan con discurrir entre bastidores lamentando su estado, criticando y sobre todo, ¡observando!

MAR. ¿Y usted?

JER. Yo soy un actor viejo, retirado del gran escenario del mundo, en el cual he batallado muchísimo y también he sufrido muchísimo, pero que á pesar de esto conserva cariños é ilusiones que reviven por encima de las cenizas muertas; ilusiones que ya no encierro en mí, sino que deposito en otros y que inutilizado para prestarle mi apoyo material, le presto el que me proporciona mi gran experiencia de la vida, velando y como le decía antes, observando todo lo que me rodea. (Pausa.) De esta observación constante

he sacado en lo que á este asunto se refiere, la dolorosa certidumbre de que este matrimonio al que no parece faltar nada, el cual se celebra bajo tan buenos auspicios, hará desgraciados á varios seres...

MAR. Lo cual deploro muy de veras, pues mi cariño por los que aquí habitan, es muy sincero.

JER. (Con acento triste.) Como el mío, querido Marqués, teniendo todo mi cariño de viejo puesto en Carlos, y en él mis esperanzas de alma fuerte y libre, no me consolaré nunca de no haber intervenido en esta boda, para evitar la catástrofe; falsos conceptos del límite de la amistad imperdonables á mis años... pero ahora ya es tarde.

MAR. ¡Ojalá se equivoque usted!

JER. Difícil lo veo. ¡Pobre Carlos y pobres ilusiones mías!... ¡ilusiones postreras!

ESCENA X

DICHOS y CARLOS en traje de etiqueta

CAR. ¡Queridos amigos! (Les estrecha la mano.)

JER. Por lo visto te has retrasado.

CAR. Sí, tengo mucho trabajo y no he podido abandonarlo hasta el momento preciso. ¿Qué hay, Marqués? ¿Y Pilar?

MAR. No sé, pregúntele usted á su bella prima que me la ha secuestrado; hace dos días que no he logrado ni verla.

CAR. Es natural, son amigas íntimas, casi hermanas, y es lógico que la Marquesa, siempre tan buena y tan complaciente, no abandone á Marta en momentos tan... solemnes como estos.

JER. ¿Sabes que me ha extrañado el que no seas tú el padrino?

CAR. Ya comprende usted, que por riguroso orden de prelación en el parentesco, le corresponde á papá, el cual está loco de contento con tal cargo; ya sabe usted que quiere á

Marta como si fuera hija suya... (Pausa.) Y si ustedes no ordenan otra cosa, creo que se aproxima la hora para ocupar nuestro lugar en la capilla. ¿Vamos?

JER. Sí; lo que es tu padre nos va á poner como no digan dueñas, es demasiado abandono. (Suenan timbres llamando, se oye movimiento en los pasillos y voces, se cruzan varios invitados por la puerta del fondo.)

MAR. Ya llaman, vamos.

ESCENA XI

MAYORDOMO y CRIADO. El Criado pasa velozmente por la escena mientras que al poco rato aparece el Mayordomo y vuelve á salir el Criado

MAY. ¿No queda nadie por ahí, eh?

CRIADO Ni un alma.

MAY. ¿Has mirado en el salón de billar?

CRIADO De allí vengo.

MAY. ¿Y en el salón verde en...?

CRIADO Todo; todo y no hay nadie.

MAY. Bueno, ahora vete á ayudar á Lorenzo, y Gregorio á liar el equipaje de los señores para después facturarlo. (Se oyen los acordes de un órgano.)

CRIADO Me ha encargado el señorito Carlos, que pase por sus habitaciones y recoja dos maletas para llevarlas á la Estación del Norte.

MAY. ¿Cómo? ¿Se va él también?

CRIADO Por lo visto, nos quedamos aquí solos con el viejo.

MAY. Haber si hablas con más respeto del señor; ya he notado que eres algo libre en el lenguaje, y eso te puede algún día costar un disgusto.

CRIADO Es que... era... una broma, yo...

MAY. Bueno, basta; no quiero conversación. ¿Cuándo te dijo eso de hacer el equipaje?

CRIADO Ayer por la noche; al salir del cuarto del señor, en donde estuvo hasta las doce.

MAY. Bueno; pues vete á cumplir con lo que te han ordenado.

CRIADO Está bien. (El Mayordomo se va por la puerta izquierda, y el Criado por la de la derecha á las habitaciones de Carlos. Continúa oyéndose el órgano. Se quedará sola la escena por un rato.)

ESCENA XII

BALTASAR y JULIO. Baltasar de cincuenta años que presume de joven y guapo, y Julio, joven, que también presume y además es imbécil. Entran dándose aire con los pañuelos

BAL. Aquí mismo, ¡qué atrocidad! ¡qué calor!

JULIO Insufrible, amigo Baltasar.

BAL. Luego la de Peñalver, que no me sacaba los ojos de encima.

JULIO Y lo tenía á usted abrasado, ¿verdad? ¡ja, ja, ja! (Riéndose.)

BAL. Figúrese usted con esos ojazos negros que tiene, la verdad es que yo no pensaba en ella, pero...

JULIO No se puede ser guapo.

BAL. Dice usted bien; aquí en confianza le diré que no me pertenezco; en los paseos, en los teatros, en cualquier parte, una que me llama «Tasarito, haga usted el favor», la otra que me hace señas, la de más allá que no deja de mirarme, en fin.

JULIO Lo dicho, amigo Baltasar; el físico es todo; (Con énfasis.) el físico es la enorme palanca que remueve y agita la sociedad moderna.

BAL. (Entusiasmado.) Muy bien, muy bien, esa es mi teoría; es usted un filósofo de primera fuerza.

JULIO (Dándose pisto.) ¡Psh! he leído un poco.

BAL. ¿Ha visto usted qué cursis están las de Orbaeta con esos trajes color de pasa?

JULIO (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja! sí, hombre, sí; si parece que un borracho les ha echado algo por encima, ¡ja, ja!

BAL. ¡Ja, ja, ja! ¡qué gracioso!

JULIO (Bajando la voz.) En el seno de la confianza que nos une, le diré que la *toilette* de la novia no me parece muy allá...

BAL. Igual observación he hecho yo, pero no me atrevía... el velo moteado que lleva es de lo más antiestético.

JULIO Como todo lo de esta casa... Carlos con sus pujos de *talento* y la novia estropeando papel como *literata*, le digo á usted que son insufribles, no tienen gusto para nada.

BAL. Soy del mismo parecer; hombre, coincidimos perfectamente; pues, ¿y qué me dice usted de la última hornada de versos de Marta?

JULIO Infames, verdaderamente infames.

BAL. Más que infames, soporíferos... yo cuando no tengo sueño le hago á mi criado leer esos versos y en seguida caigo en brazos de Morfeo.

JULIO (Con ironía.) ¿Pero no habíamos quedado en que usted no se pertenece y no dispone de ninguna noche para dormir tranquilo en su camita de soltero?

BAL. (Algo turbado.) Sí, pero ya comprende usted que á veces se deshace uno hasta de una manera violenta de tantos compromisos y se va á buscar tranquilidad á su casa; ¿pero y qué me dice usted de la cara de imbécil que ponía el novio...?

JULIO (Incomodado.) No me hable usted de ese hombre que no lo puedo tragar; es lo más estúpido... yo no sé qué habrá encontrado Marta en ese pedazo de atún para enamorarse de él; en fin, tal para cual.

BAL. Hombre, ¿creo que el tal Sebastián le dió á usted una bofetada una noche en el círculo...? (Aparte.) Toma, te he devuelto el golpe.

JULIO (Azorado.) No... es decir, si no me sujetan... en fin, ya pasó; pero no dude usted de que el tal Sebastián es un indio.

BAL. (Levantándose.) Creo que esto debe tocar á su fin.

JULIO Sí; se oyen pasos, vienen para aquí.

BAL. Entonces vamos á confundirnos con ellos,

y de paso le concederé una de mis miradas á la de Peñalver que debe estar desolada por mi ausencia. (Se van.)

ESCENA XIII

Entran en grupos; los caballeros que rodean á SEBASTIAN, LEONARDO, CARLOS, DON JERÓNIMO, MARQUÉS, DON TOMAS, CONVIDADO 1.°, IDEM 2.°, vienen hablando entre sí. CRIADO

CON. 1.° El acto ha resultado solemne.

CON. 2.° Y presentado todo con magnificencia.

LEO (A Sebastián.) ¡Que sean ustedes felices!

MAR. Ya sabes, Sebastián, que mi alegría por tu dicha es sincera. (Repiten las felicitaciones los demás.)

JER. (A don Tomás.) ¿Pero dónde habeis puesto el comedor que está en el otro lado del edificio?

TOM. Hemos habilitado el salón de recibo de Carlos, porque es el más grande de la casa, y por eso tenemos que atravesar sus habitaciones. (Dirigiéndose á todos.) Pasen, pasen... (Al Criado.) Ramón, indica á los señores el camino. (A un grupo.) Tengan la bondad... (Continúan las conversaciones entre sí; van desfilando; Carlos se queda rezagado.)

ESCENA ULTIMA

Entra el grupo de señoras que rodean á MARTA y que se comporta en la misma forma, felicitándola y besándola, pero con más algazara

PIL. Déjame que te bese con fruición, mi querida Marta; hoy eres feliz. (Repiten las demás y se forman también corrillos. Entra don Tomás.)

TOM. Los caballeros les esperan; su presencia es necesaria.

TODAS (Con alegría.) ¡Vamos! ¡Vamos! (En tanto Marta se separa hábilmente de las demás y se acerca á Carlos, que permanece silencioso apoyado en su mesa-escritorio.)

MARTA ¿No me felicitas, primo?

CAR. (Con voz conmovida y profunda.) ¡No puedo, Marta; la voz expiraría en mi garganta, porque... mi alma no tiene alientos ni alcanza al heroísmo de felicitar y bendecir al ser que la desgarra sin compadecerla... ni comprenderla!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de descanso elegantemente amueblado, á la derecha la entrada de la casa y á la izquierda recodo de galería que baja al jardín. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y DONCELLA. Alberto que se hallará sacudiendo los muebles y haciendo la limpieza, se para al ver entrar la Doncella

ALB. ¿Qué hay?

DON. ¿El señorito?

ALB. En el jardín.

DON. Esta carta. (Enseñando una que llevará en la mano.)

ALB. Dámela. ¿Ha llegado el correo?

DON. No, la ha traído un propio.

ALB. (Guardándola.) ¿Espera contestación?

DON. No; no ha dicho más sino que se la entreguen al momento.

ALB. Bueno; pues el momento será cuando vuelva de su paseo. ¡Cuidado que tienen empeño en molestarlo, siempre recibiendo cartas y más cartas de ese dichoso Madrid! ¡Yo no sé para qué se vino de allí! no lo dejan en paz... ni á nosotros tampoco.

DON. La verdad es que ha sido extraña la venida

del señorito este año tan pronto, el veintidós de Marzo; hay que ver que otros años hasta Junio no le veíamos el pelo por aquí.

ALB. (Se sienta en un silón de junco.) ¡Qué bien se está aquí sentado, sin hacer nada! Por eso se cuidan bien los señoritos, saben gastarse los cuartos.

DON. Como tú y como yo si tuviéramos sus parneses.

ALB. Pues en eso que decías de venir tan pronto, después de todo, él es el amo y puede venir cuando le da la gana.

DON. Si no es eso, no seas tonto, eso ya lo sé yo; digo que cuando se vino tan pronto y solo algo le debe de pasar.

ALB. ¡Como que no es oro todo lo que reluce! ¡Eso para que digamos después que los ricos son felices!

DON. ¿Pues, no lo es él? ¿qué le falta? es rico. Tiene buen palmito y seguramente tendrá mujeres á puñados... todos los papeles hablan de él y le dan bombos á todas horas... ¿por qué no va á ser feliz?

ALB. El por qué ni yo lo sé ni tú tampoco, pero que el don Carlos de este año no es el del año pasado, ni de los otros, también es verdad, porque tú bien sabes que él fué siempre de carácter alegre *opinista* como dicen ellos.

DON. (Riéndose.) *Otimista* querrás decir.

ALB ¡Bueno, como sea, que yo no he andado en estudios, y no he visto las gramáticas y las geometrías ni por el forro! Pues como te iba diciendo cuando él venía, tú recordarás del año pasado, que parecía que entraba la alegría en la casa y todo eran cacerías y fiestas y comilonas en la huerta y en el monte y en el jardín... eso sí amigos á porrillo que venían á vivir una temporada de *guagua,* pero el caso es que ellos se divertían...

DON. Y nosotros también; tienes razón.

ALB. Pues este año ya ves; solitario, serio, con cada ojera como, como...

DON. Bueno, como sea.

ALB Vamos, como el que duerme poco y mal; se va al jardín con un libro debajo del brazo, y lo más chusco del caso es que siempre que lo he ido á buscar, por cualquier causa lo he encontrado con el libro cerrado ó tirado por el suelo y con una cara de difunto que metía miedo.

DON. Sí, chico, sí; te doy la razón, ya no es el que era. ¿Y cuándo había dado él la orden de no dejar que venga nadie á molestarle? El que tenía siempre su casa abierta para todo el mundo, aun ¿te acuerdas el año pasado...: fué por Agosto cuando se entretenía en hacer parar á todos los que pasaban?...

ALB Sí, por delante de la casa en la carretera, y los convidaba... te digo que...

DONC. Calla... oigo al vegestorio de Fermín... que viene hablando no sé con quién; yo me escapo por aquí. (Se va corriendo por la derecha.)

ALB. Haremos que hacemos algo. (Se levanta y se pone á limpiar.)

ESCENA II

FERMÍN, JULIO y DON GERVASIO

FER. Pasen ustedes.

JULIO ¿De modo que el señor diputado ha dado tan rigurosa consigna sin hacer excepción alguna?

FER. Sí, señor; sin embargo, creo que verá con agrado la ruptura de la consigna, por tener el gusto de verles.

GER. Tal creo; nos une con Carlos una muy estrecha amistad. (Se sientan.)

JULIO A este Fermín le conozco yo cuando miente á las mil maravillas; en cuanto abrió los labios comprendí que Carlos estaba aquí y no fuera.

FER. Verá usted, don Julio...

JULIO Sí, hombre, sí, tú no haces más que obedecer; ya sé que...

GER. No nos hubiera hecho mucha gracia volver á Madrid sin estrechar la mano de nuestro hombre.

JULIO ¡Ca! eso sí que no; ya sabe Fermín que soy lo suficiente pacienzudo para esperar aquí aunque fuera hasta la noche.

FER. Por eso hice bien poca resistencia y confesé bien pronto.

GER. ¿Pero á qué obedecerá tal aislamiento?

JULIO Eso se lo preguntaremos á él, que Fermín en tal materia estará tan enterado como nosotros.

GER. Pero á todo esto, ¿dónde está?

FER. En el jardín, todas las mañanas sale muy temprano y no regresa hasta la hora de almorzar.

GER. ¿Solo?

FER. Sí, señor; con un libro debajo del brazo.

JULIO Nada; ya me explico el aislamiento prematuro y la consigna rigurosa y todo; nuestro hombre nos prepara una de sus obras, algún trabajo especial, algún tratado ó algún proyecto de ley ó algo así, que cuando toma tantas precauciones para su trabajo y tanto tiempo, viniendo de Madrid aquí en busca de la tranquilidad, ¡excuso decirles á ustedes que será colosal!

GER. Y que es incansable; ¡cuidado con la campaña que hizo en la primera etapa de esta legislatura y ahora que tenía perfecto derecho al descanso... lo que tú dices, se dedica á estudiar seguramente á los clásicos para sorprendernos con otra de sus portentosas obras! ¡Oh! ¡es mucho hombre!

FER. (Con humildad.) ¡Que lo diga usted, don Gervasio! Mi señor vale mucho, ¡mucho!... ¿Quieren ustedes que lo mande avisar?

JULIO Sí; es decir, no; me parece más acertado darle una sorpresa, ¿qué te parece?

GER. Muy bien. (Se levantan.) Vamos.

FER. Como ustedes quieran... yo les guiaré, pasen ustedes...

JULIO (Se van marchando.) ¡Qué ajeno estará de nuestra presencia por aquí!...

ESCENA III

LEONARDO y ALBERTO. Leonardo entra con una cartera repleta de correspondencia, Alberto se acerca, le coge el sombrero y el bastón

LEO. ¿Dónde está?

ALB. En el jardín, como de costumbre; solo que han llegado dos señores y Fermín los ha pasado y los ha llevado allí.

LEO. (Incomodado.) Nada, á pesar de lo ordenado... este Fermín es más blando que la cera.

ALB. Lo que yo me dije...

LEO. Bueno, tú no te dijiste nada, no te acostumbres á murmurar de tus superiores... ¿quiénes son?

ALB. El uno es don Julio, que estuvo aquí el año pasado, cuando aquella función...

LEO. Sí, ya sé. ¿Y el otro?

ALB. Al otro no lo conozco; le llamaban don Gervasio.

LEO. ¡Ah... sí! Monreal. (Mira los papeles que trae encima de un recado de escribir que habrá en un extremo del salón.)

ALB. ¿Manda algo el señorito?

LEO. No, puedes retirarte... Escucha... yo tenía que decirte algo y no me acuerdo qué. (Pausa.) ¡Señor, qué memoria la mía! Vaya, que no.. ¡Ah, sí! Me han dicho que te quieres casar.

ALB. Sí, señor.

LEO. Con Clara, la doncella de la señorita Marta.

ALB. Sí, señor: ella me quiere, y lo que yo me dije...

LEO. Bueno; ayer estuve en su casa, me lo contó ella misma, me dijo que necesitabais dos meses de licencia y que ella me los pedía porque tú no te atrevías.

ALB. Sí, señor, eso es; lo que yo me dije... á las mujeres son más atrevidas y no se les niega... y lo que yo me dije...

LEO. ¿Sabes que eres algo pesado refiriendo lo que tú te dices?... Hay que corregirse, Alberto.

ALB. Señor, yo...

LEO. Bueno; por mi parte, no tengo inconveniente en concederte esa licencia, y creo que el señorito Carlos tampoco te la negará porque ahora precisamente va á emprender un viaje y no te necesita; de manera que casi puedes contar con él.

ALB. Muchas gracias, señor; yo...

LEO. Nada de gracias; toma, lleva el periódico á don Tomás. (Alberto lo coge y se va; en el mismo momento entra don Tomás.)

ESCENA IV

DON TOMÁS y LEONARDO

TOM. (A Alberto.) Llévalo á mi despacho. (Alberto se va.)

LEO. Buenos días, don Tomás.

TOM. ¡Hola, Leonardo!

LEO. Mala cara tiene usted hoy.

TOM. Es que he pasado una noche bastante mala, con mucha jaqueca, y á mi edad la falta de descanso es tan perjudicial que se conoce en seguida. (Se sientan; pausa.) Leonardo, estoy muy preocupado.

LEO. ¿Usted? ¿La causa?

TOM. Tú eres como de la familia, querido Leonardo, y sabes muy bien que todos en la casa te queremos entrañablemente.

LEO. Cariño que estimo en lo que vale y al que correspondo en igual forma.

TOM. Lo sé, querido Leonardo, lo sé, y por ello te voy á referir lo que me tiene hondamente apenado, para que tú lo sepas y hagas luz en esto, á ver si son simples preocupaciones mías ó gérmenes de futuras desgracias.

LEO. Por Dios, don Tomás.. me pone usted en cuidado.

TOM. Escucha y verás si tengo ó no razón: ya sabes que me entristecía sobremanera la actitud de mi hijo desde hace dos meses...Desde

la boda de Martita, mi Carlos no es el que era; ha perdido, yo no sé por qué, es decir, no quiero pensar el por qué, ha perdido la alegría, aquel carácter jovial que era una de las mayores atracciones para sus amigos, aquella franca comunicación con todos, y por último, él, tan trabajador, tan lleno de afán por todos los asuntos, ya políticos, ya científicos ayer; hoy le importa un ardite todo, y ni lee prensa, ni despacha correspondencia, ni se ocupa de nada... en fin, ¡qué te voy á decir! tú que estás en íntimo contacto con él bien lo sabes.

LEO. Sí, siga usted.

TOM. Pues esto que me ha desvelado muchas horas, por si era poco, se complica atrozmente por la otra parte.

LEO. ¿Qué quiere usted decir?

TOM. Nada. Que ayer, tú sabes que estuve en Madrid, hice enganchar y fuí á ver á Garzua á ver si merecetaba algún calmante para el pícaro reuma. En cuanto se enteró Sebastián de que estaba en la corte, vino corriendo á buscarme, y el hombre me expuso lealmente sus quejas... de Marta.

LEO. Pero... ¿las tiene?

TOM. Y muy fundadas; el pobre muchacho, que no puede ser más bueno de lo que es, me dijo: «Don Tomás, yo no la obligué á casarse conmigo, ella me aceptó libremente, sin presión alguna me ofreció su mano, y con ella el cariño y la confianza tierna de una esposa; y en lugar de ello me he encontrado con la indiferencia... y el *desvío* propio de una extraña.»

LEO. ¡Qué me dice usted!

TOM. Ya ves, Leonardo, si esto no es para estar terriblemente disgustado; el pobre Sebastián tiene muchísima razón, me refirió luego minuciosamente que desde el día siguiente al de la boda, Marta, en vez de amarle tiernamente y no ocuparse más que de él, se abstraía en sus pensamientos, lo trataba con despego, así me lo dijo: con

despego, llegando hasta el caso de sorprenderla en varias ocasiones llorando. Y ahora dime tú si no es para volverse loco de pena y de dolor criar un capullito como Marta, con tanto más esmero cuanto que no era mío, sino un sagrado legado de mi pobrecito hermano (que en gloria esté), y procurar su felicidad, y resultar todo lo contrario. Yo me devano los sesos para encontrar relación entre lo de aquí y lo de allá. (Mirando fijamente á Leonardo y de repente.) ¿Tú qué me dices? Vamos, habla.

LEO. Yo... yo no sé nada, no había notado nada; la verdad... es que tiene usted motivos sobrados para prever desgracias.

TOM. Yo busco y rebusco en mi conciencia á ver si tengo yo la culpa de algo de lo que pasa en esta situación anormal, y nada.. no me remuerde... Yo no he hecho presión ninguna, los he dejado á los dos en libertad de hacer lo que su libre albedrío les dictara dentro de la decencia. Si Martita hubiera querido casarse con... cualquiera, con tal de que este cualquiera fuera digno y honrado, no me hubiera opuesto.

LEO. No, si usted es muy bueno, don Tomás, y usted...

TOM. Te digo que no sé, no sé qué pensar ni qué decir, y lo cierto es que allá no son felices ni mucho menos, y aquí tampoco, porque el dolor de mi hijo es tanto más fuerte cuanto que es de esos dolores sordos que se ocultan, que se guardan interiormente y que si no se traslucen, en cambio van minando por dentro y corroyendo el alma hasta dar al traste con la persona que los sufre... (Pausa larga.) Ya ves ese aislamiento en que se encierra; ¿dónde está?, en el jardín seguramente, como todos los días; sin querer que yo le acompañe... solo.

LEO. No; creo que han venido el Barón y don Gervasio Monreal, y allá han ido á buscarle.

TOM. Me alegro, hombre, á ver si lo animan.

LEO. Casualmente ahí vienen los tres...

TOM. Yo me voy, no estoy con ánimo de recibir á nadie, es mucho trastorno á mi edad... Si preguntan por mí; diles que no estoy visible.

ESCENA V

CARLOS, JULIO, GERVASIO y LEONARDO

JULIO No lo dudes, no vas á tener más remedio que presentar una proposición incidental.

CAR. No lo he pensado todavía.

JULIO ¡No lo has pensado! Tú, el hombre incansable que todo lo prevé, permítame que lo dude. (Carlos se encoge de hombros; á Leonardo.) ¿Qué hay, amigo Leonardo?

LEO. Señores, tanto gusto.

GER. El señor secretario. (Se estrechan las manos; Carlos se sienta con abandono.)

JULIO Oye, chico, son más de las once, y si queremos llegar á tiempo al apeadero no debemos descuidarnos.

CAR. ¿De manera que me abandonan?

GER. Con harto sentimiento nuestro.

JULIO Nuestra intención al regresar y pasar por aquí fué la de tener el gusto de estrechar la mano al gran hombre público.

GER. Lumbrera del siglo.

JULIO Nuestro gobernante futuro.

CAR. (En broma.) Les advierto que tales dislates me suelen levantar dolor de cabeza.

JULIO Es justicia, querido Carlos.

CAR. ¿Y no me acompañan á almorzar?

JULIO Lo sentimos en el alma, pero como te digo, no tenemos más remedio que estar hoy en Madrid; otra vez será.

GER. Hoy no nos pertenecemos.

CAR. Bueno, no insisto. (Levantándose.) ¿Venís en la «Charrette»?

JULIO No, venimos en el «Panhard, catorce», querido amigo. (Se estrechan la mano hablando.)

LEO. (A Gervasio.) ¿Cómo se les ha ocurrido venir por aquí en vez de...?

GER. Es que el trozo de carretera de empalme está imposible; á ver si nuestro hombre en cuanto se abran las Cortes consigue que voten un crédito extraordinario para arreglarlo.

LEO. ¿Le ha hablado usted de ello?

GER. Sí, y me ha prometido hacerlo; pero al mismo tiempo se lo digo á usted para que no lo eche en olvido.

LEO. Yo no soy nada.

GER. Vamos, querido amigo, tendré que recordarle que...

CAR. Señor de Monreal, que Julio se impacienta.

GER. Voy; amigo Leonardo, hasta otra y no olvidarse de... ¿eh?

LEO. Pierda usted cuidado; ¡adiós!

GER. Con Dios, don Carlos.

CAR. Adiós. (Se despiden, los acompaña hasta el final de la galería y se van.)

ESCENA VI

CARLOS y LEONARDO

CAR. (Con desaliento.) ¡Gracias á Dios! ¡cuidado que es inútil Fermín! la consigna es rigurosa; á nadie y... me lleva al jardín al primer par de imbéciles que pasan por la puerta... y sufra usted un interrogatorio... ¿por qué has venido tan pronto? ¿por qué te aislas? ¿qué piensas hacer? ¿qué proyectos tienes? Lo dicho, como si uno no tuviera que dedicarse más que á los negocios ajenos... Nada, Leonardo; decididamente, me voy á cualquier parte, á... Italia á ver si aquel cielo azul, aquel ambiente de arte y gloria, lleno de recuerdos de otras edades, me da algo de tranquilidad, que bien la necesito.

LEO. ¿De manera que insiste usted en marcharse?

CAR. Decididamente, y no te llevo conmigo, con harto sentimiento, pero es preciso que te

quedes aquí al frente de todo este cúmulo de negocios y asuntos... hasta.. hasta qué sé yo, hasta que me encuentre más dueño de mí mismo, hasta que consiga que la fría razón domine á mi corazón dolorido y ahogue... lo que llena mi alma de dolor y esteriliza todos los esfuerzos de mi cerebro.

LEO. Bueno, de todo esto y de algo tan grave como todo esto, hablaremos esta tarde.

CAR. De algo, de algo tan... ¿por qué no ahora?

LEO. Porque no está el asunto en sazón; necesito antes conferenciar con... bueno, tengo prisa y me marcho.

CAR. (Exaltado.) ¡Por los clavos de Cristo! ¡habla claro!

LEO. No se exalte usted, no he dicho nada; no tiene importancia... esta tarde volveré.

CAR. (Dominándose en seguida y con indiferencia.) Como quieras; ¿vas á ver á Goyoaga? (Leonardo se acerca á la puerta.)

LEO. Ahora, en cuanto llegue.

CAR. Pues mira, ya me cansa tanto luchar y luchar; concédele lo que pide y extiende el contrato.

LEO. (Volviendo.) Hombre, ¡por Dios! sería un escándalo; ese tío es un bandido y no se debe acceder á sus peticiones; perdería usted un treinta por ciento, y se trata de ciento cuarenta y tres mil pesetas, que no es un grano de anís.

CAR. Te digo que lo mismo me da; con tal de no verlo ni oir hablar más de él, accede, déjame.

LEO. (Murmurando.) Eso ya lo veremos; ya arreglaré yo esto como se debe: ¡sería el colmo!

CAR. Con tal de que no me moleste nadie haz lo que quieras.

LEO. Bueno, hasta la tarde. (Aparte.) ¡Es hombre perdido! ¡qué desgracia!

ESCENA VII

CARLOS y MARTA. Carlos permanece un rato solo, abstraído, y al cabo de un rato entra precipitadamente Marta; Carlos la ve y se queda asombrado de su aparición

MARTA ¡Jesús!... está él... y solo. (Se detiene y avanza luego.)

CAR. ¡Tú... aquí!

MARTA (Logra dominarse.) ¿Cómo estás, Carlos?

CAR. (Sin salir de su asombro.) ¡Marta, vienes!... ¡tú aquí! ¿y Sebastián?

MARTA No hablemos ahora de Sebastián. ¡Carlos, vengo sola!

CAR. ¡Sola!... ¿vendrás á ver á papá?

MARTA No; sí... es decir... no sé... no sé á lo que vengo, (Turbada.) ni por qué vengo.

CAR. ¿Estás mala? ¿Necesitas algo? No acierto é encontrar el motivo de tu aparición... tan...

MARTA ¿Tan qué?... atrevida.. importuna... qué... habla con franqueza... dime...

CAR. No puedo yo calificar tan duramente tu presencia aquí sin saber antes el motivo, ni las circunstancias que rodean este acto insólito... (Con calor.) No te las pregunto, no me las digas, no quiero saber nada, lo cierto, lo real, lo inmutable es que estás aquí, que te veo, que te admiro, que eres tú, Marta, y aunque en el fondo han variado tan cruelmente las circunstancias que antes nos rodeaban, hoy yo prescindo de ellas para ser feliz, para poner esta gota de miel en mis acibarados labios, para abrir este paréntesis de dicha inefable, en mi tortura continua, tortura que con tu presencia interrumpes, dando lugar con ella á que yo olvide momentáneamente todo lo pasado, y me crea trasportado á otros tiempos llenos de felicidad y esperanzas... Sí, Marta, me vuelves á la vida; mi alma, atrofiada por el

dolor, renace al poderoso talismán de tu presencia; mis pulmones, que respiraban con la regularidad del ser irracional, ahora se expansionan, mi pecho se ensancha, respiro como antes, ¡eres tú que me traes contigo el aliento vivificador que alimentó en otras épocas el fuego sacro de mi alma; te veo, te siento, vivo tu ser, tu esencia, y todo despierta en mí con tu persona... sí, tú, Marta... no; hoy estás aquí... Marta.... como antes.

MARTA (Conmovida.) ¡Carlos!... pero, no te entiendo... hablas muy excitado... Carlos, yo te aprecio... soy tu prima.

CAR. (Ya completamente exaltado.) No es eso, y ya que se presenta ocasión déjame que hable, deja que abra la válvula que cierra mi alma y sofoca en ella con algo que tú has originado todos los demás sentimientos y pasiones, con algo que allí ejerce presión y más presión, déjame que hoy me expansione para evitar que salte mi cráneo en mil pedazos, deja que salga al exterior lo que me ahoga, lo que ha revolucionado mi ser y me ha transformado en otro.

MARTA ¡Por Dios, Carlos, serénate! ¿qué te pasa... que...?

CAR. ¡No! si estoy sereno; sé lo que digo, Marta; yo no hubiera nunca buscado esta ocasión. Ya ves, pensaba marcharme lejos, muy lejos de tí, y de todo lo que de tí me habla; de todos los objetos que á todas horas me recuerdan felicidades presumidas y que ya mi espíritu no podrá saborear; yo quiero poner entre nosotros distancias inconmensurables, me marcharé y andaré cual nuevo judío errante llevando sobre mí la maldición de una felicidad perdida por mi orgullo; amontonaré entre tú y yo, obstáculos y más obstáculos, porque ya nuestra aproximación es imposible; porque, Marta, para mí lo primero en la tierra, es el culto del honor, y el honor ha abierto entre los dos un abismo insondable, que ni tú ni yo, po-

demos franquear para aproximarnos, sin llenarnos de cieno y sin caer en el deprecio de nuestros semejantes. ¡Déjame, no me interrumpas! sé lo que me vais á decir, pero... lo que antes no veía, hoy se presenta ante mi vista con una diafanidad que constituye mi mayor tormento; sí: yo te amo y tú á mí también; Marta, no protestes; deja en este momento, único en la vida, que nuestras almas se desposean de la hipocresía habitual, que nuestros sentimientos se presenten en toda su desnudez, que ya que hemos ocultado tan funestamente la verdad de nuestra pasión, hoy por una sola vez, repito, salga á flote y yo te hable con toda la fuerza de mi amor y tú me escuches con el anhelo de un alma enamorada.

MARTA ¡Calla por Dios, Carlos, que desgarras mi alma cruelmente; calla, te lo ruego!

CAR. No; ahora me oirás hasta el fin, porque estás sujeta á mí, porque tu alma bebe mis palabras con el ansia del sediento junto al arroyo cristalino; sí, apura hasta las heces la copa amarga, que yo he apurado á solas; hoy seremos los dos; mucho he pensado desde el nefasto día en que uniste tu nombre á... otro; mi cerebro ha trabajado incesantemente, y he sacado la dolorosa consecuencia de que tú y yo nos amamos con delirio, con ese amor oculto, pero tenaz, firme, inextinguible, y sin embargo... para nosotros ha huído la felicidad de la tierra; tú y yo seremos dos desgraciados como otros tantos que pululan por el planeta, (Con mucho sentimiento.) desgraciados por nosotros mismos, porque nuestro amor propio nos impidió acercarnos, desgraciados porque si grande era nuestro amor, mayor fué nuestro orgullo.

MAR. (Medio sollozando.) Sí, tienes razón; Carlos de mi alma, yo te adoro, yo te amo hoy y te he amado siempre, nos hemos criado juntos; mi alma la he sentido llena de tí, desde la niñez, hasta que fuí mujer; tú fuis-

te siempre mi ideal, te veneré como al ídolo sagrado; mi instinto de mujer y de corazón enamorado, me advertía que no te era indiferente, que tu brusquedad conmigo era aparente; y fiada en esperanza tan dulce, aguardé tu decisión, y pasaron días y más días y tú no te dignaste dirigirme una palabra de amor, una mirada cariñosa, y esperé más y más hasta que mi orgullo de mujer se sintió herido, y me aconsejó lanzarme al abismo, no comprendí que el verdadero amor es tímido, y que tú tan osado con todo y para todos, tú, el león en la lucha, eras un manso corderillo para el amor, el despecho me impulsó á... ¡perdóname, Carlos!

CAR. ¡Que yo te perdone! Marta de mi vida... ¡que yo te perdone! Si tú necesitas perdón, si tú después de lo que acabas de decir... has delinquido, dime tú, qué es lo que yo merezco, yo, infeliz de mí, que he tenido en mi mano, á mi alcance una felicidad inmensa y la he dejado escapar cegado por un maldito orgullo, y por una cien mil veces maldita nube de incienso que me impedía ver claro, nube de incienso que la amistad hipócrita alzó entre los dos, haciéndome creer casi omnipotente y dotado de tal sabiduría y de tal valer... que yo creía... ¡loco de mí! que tú tenías que acudir á mí pordioseando una limosna de amor, sin comprender en mi ceguera intelectual que tú eras la perla, el tesoro, que yo debía adorar, tesoro por el cual, debiera sentirme avaro... Marta, cuanto más lo pienso, más y más se apodera de mí una rabia sorda contra mí mismo, porque soy indigno de tu amor, porque...

MAR. Por Dios, Carlos, no digas eso, no te desesperes, no pienses en ello más; tú que has sido siempre tan gran filósofo... saca fuerzas de la flaqueza... tú tienes talento para encontrar en tu desesperación y en tu dolor un fondo de resignación que te consuele, y que quizá andando el tiempo nos traiga, si no la felicidad, porque esto para nosotros es

imposible, una confortante calma que nos permita vivir tranquilos...

CAR. Acaso... ¿tú crees que es posible...?

MAR. (Procurando calmarlo.) Sí, Carlos, sí; escucha la voz de la fría razón... lo hecho ya no tiene remedio... resignémonos, sufriremos ahora mucho, hoy, mañana, pasado, pero el tiempo es el gran lenitivo que mitiga todos los dolores.

CAR. (Con energía.) Imposible, Marta, imposible, la herida es muy honda, es de las que no se cierran sino con la muerte, y mientras tanto, destila sangre y más sangre...

MARTA No lo creas, Carlos, no lo creas, hoy hablas bajo el influjo de tu pasión, pero ya verás cómo algún día me darás la razón y hablarás conmigo de esto bien serenamente... el fuego de una pasión, Carlos, está en razón directa con el fuego de la juventud, cuando tú y yo nos hagamos viejos en nuestros respectivos hogares, verás cómo de esta pasión que nos hubiera hecho felices no queda más que las cenizas... ligeros rescoldos.

CAR. (Con más energía.) No, Marta, no, no intentes sosegarme con tus cariñosos razonamientos, no intentes convencerme, que aún es posible que la tranquilidad llame á las puertas de mi espíritu; no, Marta, no; te agradezco tus buenas intenciones, pero ni tú misma estás convencida de lo que dices; tú y yo seremos unos parias del amor, unos desgraciados faltos de las verdaderas caricias del amor noble y ardiente.

MARTA (Rompiendo á llorar.) Calla, Carlos de mi vida, que me destrozas el alma.

CAR. (Acercándose á consolarla se arrodilla y le coge una mano.) No te aflijas, Marta mía, no, si no lo he dicho para hacerte llorar, es la verdad, la terrible verdad que sale de mis labios despiadada y que cual río de lava incandescente abrasa todo lo que á su paso encuentra... No llores más, pobrecita mía, yo te amo, no te acuerdes hoy más que de eso, que te amo, seamos felices una vez en la vida, adorada

mía; nos amamos, levanta la cabeza y mírame á mis ojos... leeras en ellos la fuerza de mi pasión, de este amor que llena mi existencia. ¡Vida mía, te adoro!...

ESCENA VIII

DICHOS y SEBASTIÁN que entra precipitadamente

SEB. (Con voz de trueno.) ¡Basta, miserables! ¡Mis sospechas eran ciertas! ¡Mi honor ultrajado!

CAR. (Poniéndose en pie.) ¿Eh? ¡Sebastián!

MARTA ¡Dios mío, él!

SEB. (Con gran ironía.) El mismo, Sebastián, ¡qué! ¿no me esperábais? ¿No contábais recibir sorpresa tan desagradable, no creíais que una nube viniera á turbar el cielo de vuestros placeres villanos, de vuestro inicuo adulterio, de la amistad mancillada?...

CAR. (Con voz imperiosa y enérgica.) ¡Basta! ¡Calla! No sigas ofendiendo con tus frases envenenadas al amor más puro y al ángel que aquí te escucha...

SEB. (Con risa sardónica.) ¡Angel!. . ¡Ja, ja, ja!... No revistas de formas poéticas al vulgar adulterio... Carlos, nos conocemos y no me engañas.

MARTA ¡Calla! Ahora soy yo la que te impone silencio... Te creí de corazon más elevado... capaz de comprender los sentimientos humanos con sus misterios y eres una vulgaridad que todo lo juzga bajo el prisma del grosero materialismo.

SEB. ¡Muy bien!... Yo... yo soy el pecador, ahora resulta...

MARTA Tú no eres el pecador, eres si acaso otra víctima; pero nosotros tampoco somos los pecadores, si no crees que la verdad resplandece en mi lenguaje, si no ves en nosotros la sinceridad y la inocencia... eres un infeliz de cerebro obstruído como otros tantos.

SEB. (Como dudando.) Marta... tu lenguaje... pare-

ce... ¡Yo me vuelvo loco! Parece que encierra un acento de verdad.. pero no, no me engañan mis ojos, la realidad es harto cruel... Yo he visto... he sentido... tú le decías que le amabas...

CAR. Es cierto. Escúchame, Sebastián; te crees marido ultrajado, cuando no eres más que una víctima de fatal equivocación... Yo te daré las explicaciones que quieras, sobre todo ten calma y aguza el sentido del razonamiento: tienes derecho á una satisfacción clara y precisa y te la daré. Créeme, tu mujer se conserva tan honrada como el día que te acompañó al altar. Te lo juro por lo más sagrado, por...

SEB. Carlos... yo me vuelvo loco. ¡Pero será verdad!...

CAR. Sí, Sebastián, sí. Marta y yo nos amamos... (Hace un movimiento Sebastián.) Ten calma, he prometido decirte la verdad, nos amamos con locura, no de hoy, de siempre... Aquella indiferencia con que nos tratábamos, aquella indiferencia hasta por tí notada que te impulsó á hacernos abrazar el día de tu boda, encubría una pasión vehemente, que en su timidez no salió al exterior, y labró nuestra desgracia; ni ella se daba cuenta de su amor, ni yo me había cerciorado de que mi corazón le pertenecía; ella, pobre, perdónala, pero creyó que te llegaría á amar, sí; el despecho, el amor propio la impulsó á aceptar tu digna oferta, y yo no fuí capaz, impedido por mi funesto tesón, de oponerme á gritar con con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Alto, Marta y yo nos adoramos, somos dos almas identificadas.» Hoy nos vemos por primera vez después de tu boda, te lo juro bajo mi palabra honrada, fué casual, pero nunca pensamos ultrajar las respetables canas de mi anciano padre, ni mancillar el honor del amigo. (Conmovido.) Esto de hoy fué la expansión de dos almas ardientes; perdóname, Sebastián, mañana me marcho...

SEB. (Con triste acento.) Basta, Carlos, te creo, habéis respetado lo más sagrado de la tierra, no lo dudo ya, lo que más estima el hombre caballeroso, porque poseeis una voluntad digna y generosa; yo también veo claro; la felicidad para mí como para vosotros ha huido de la tierra, has dicho bien, soy una víctima de vuestro desmedido orgullo... que ha impedido á vuestros corazones aproximarse; sí. (Con acento solemne.) ¡Carlos! ¡Marta! ¡Mucho amor... pero más orgullo!... (Se quedan los tres conmovidos y ensimismados en sus pensamientos.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON TOMÁS

TOM. (Entrando.) ¿Qué? ¿Quién? Tú, Marta... y Sebastián... aquí...

MARTA (Corriendo hacia él.) ¡Tío del alma!

TOM. ¿Qué pasa? esa turbación, ¿qué significa?

CAR. Llega usted oportunamente, padre mío; pongo en su conocimiento mi partida definitiva; me alejo de mis seres queridos, pero es forzosa la separación.

TOM. ¡Hijo! Carlos, que...

SEB. (Adelantándose.) En mi última entrevista con usted le expuse mis dudas respecto á algo íntimo y delicado que me robaba la dicha á que creía tener derecho... hoy desgraciadamente esas dudas han tenido confirmación, y ante la imposibilidad de ganar lo inconquistable, cual es el corazón de su sobrina, se la devuelvo manifestándole, (Con acento dolorido.) que si bien no ha sido digna de mi cariño, cuenta con todo mi respeto, pues ha sabido conservar intacto el don más preciado por el hombre, cual es el honor; grande es la magnitud de la desgracia que á todos nos envuelve, pero nos cabe la

triste satisfacción de no haber ya nada oculto, y de no haber llegado á ella por caminos extraviados de la dignidad, sino por errores de amor propio mal entendido; hoy no nos queda más solución que seguir cada cual el derrotero marcado y sufrir á solas la parte que en este error hemos tenido. (Pausa.) Marta concluirá de explicar á usted los poderosos motivos que me asisten para obrar en esta forma. (Avanzando hacia don Tomás.) Démonos nuestro abrazo de despedida y cuente usted siempre con mi gratitud por su corazón noble y bondadoso. (Lo hacen.)

TOM. (Conmovido.) ¡Dios mío, qué desgracia! pero Sebastián... hijo, tú... ¡mis sospechas se confirmaron!... Marta, tú no le amas... pero... y el escándalo y la murmuración...

CAR. (Con energía.) Padre, hay cosas que están muy por encima de las miserias terrenales, y son las virtudes que Dios puso en el corazón humano, y que el hombre debe conservar á todo trance; en el mundo no cabe término medio; ó hay que vivir en él... ó despreciarlo; nosotros no podemos hacer lo primero... no nos comprenderían, el cerebro del hombre aislado es grande, el de la sociedad es raquítico y mal intencionado; no nos queda más recurso que vivir fuera de él, nuestras almas no pueden aceptar comedias vergonzosas de que son actores tantos y tantos... hay que afrontar valerosos el destino por negro y horrible que sea. (Casi sollozando.) ¡Sebastián! un momento... el llamado á salir primero de aquí, soy yo; terminemos esta entrevista que reviste todos los caracteres de un suplicio; sólo me resta hacer constar que no te quiero mal, pues eres tú la primera víctima de nuestro error, y si fuera posible...

SEB. Yo tampoco te guardo rencor... he aquí mi mano. (Se la estrechan.)

CAR. Adiós, Sebastián.

SEB. Adiós, Carlos.

CAR. (Va y abraza á su padre.) ¡Padre mío, adiós!

TOM. ¡Hijo del alma! (Permanecen un rato abrazados. Aparte.) ¡Me ahoga el dolor! (Carlos se vuelve hacia Marta, se miran poniendo toda el alma en sus miradas y se deciden por fin á darse las manos, saliendo Carlos desesperadamente mientras baja el

TELON